



PAULO VI, su encíclica ha causado intensa discusión...

La reciente Encíclica de SS. Paulo VI ha tenido una acogida muy diversa. Mientras para unos ha sido un documento sólido y sereno, revelador de un realismo clarividente, para otros —tal vez los más— no ha pasado de ser un documento en cierto modo circunstancial, algo así como para salir del paso. No somos los llamados a hacer una exégesis del documento pontificio, ni tampoco a comentarlo. Pretendamos, sencillamente, borrar ciertas ideas un tanto ingenuas —muy en boga—, hoy en día. . . .

En realidad, es muy fácil y muy bonito hablar de "diálogo", de "aggiornamento", pero muy difícil deconocer que el diálogo exige una disposición y unas condiciones especiales, y que la puesta al día ha de comenzar por uno mismo. Tal vez sea esta la causa de que la Encíclica de Paulo VI haya sido acogida con cierta frialdad. Examinemos, brevemente, la postura del Papa.

En primer lugar, Paulo VI no ignora —como muchos ingenuamente pudieron creer— la gravedad de los problemas que se le plantean hoy día a la humanidad. Es consciente de que la "Encíclica no contempla el estudio de temas urgentes y graves que interesan no solo a la Iglesia sino a la humanidad".

¿Por qué? Se nos ocurre, en primer lugar, la actualidad del Concilio. Mientras la Iglesia Universal, reunida en Concilio, delibera sobre todos estos problemas, el Papa prefiere dejar libre el camino para una discusión sincera y abierta. Ciertamente, la Iglesia se ha de enfrentar con la gran problemática que se cierne sobre el mundo actual. Pero la Iglesia solo se podrá encarar con estos problemas cuando se haya fortalecido en su estructura interna, cuando su espíritu se haya renovado una vez más con la sabia siempre viva que corre por el Cuerpo de Cristo. Hay que asegurarse de que se pisa terreno firme antes de dar un paso. De ahí, la clara estructura del documento pontificio: primero, la conciencia que la Iglesia ha de tener de sí misma, segundo la renovación interna de la Iglesia y solo en tercer lugar, una vez logrados estos dos primeros pasos, el diálogo con el mundo moderno.

La revista "Time", en un comentario agudo, calificaba a la Encíclica de documento ambivalente, en el que sobresalía una marcada tendencia a los "peros", como si el Papa no pudiera dar un paso adelante sin dar otro atrás. Cierta lector, estudiante en el Union Theological Seminary protestante de Nueva York, escribió esta carta como comentario al artículo de "Time": "La primer encíclica del Papa Paulo VI ha sido esperada con una expectativa ansiosa y llena de esperanzas, no solo por los católicos, sino por millones de no católicos que se han regocijado de la manifiesta liberación y revivificación del catolicismo universal durante la "era juánica". No serviría para nada ocultar el hecho de que el documento, aparecido tras largo tiempo, suscita en los no católicos el desaliento, y, sin duda ninguna, una honda e indecible desilusión en los católicos "progresistas". En vano se busca una sola declaración nueva, progresiva. Inclusive el ofrecimiento del Papa para "intervenir" en las disputas entre los pueblos contendientes, probablemente no es nueva; algunas de las más oscuras páginas de la historia occidental están teñidas con las intervenciones papales. Su crítica de la Encíclica es muy aguda y exacta —una serie de ambivalencias dominadas por la palabra "pero" Pero en cada ambivalencia, la alternativa final y decisiva es negativa, cauta, conservadora, reaccionaria en el sentido literal, y, sobre todo, autoritaria".

Queremos pensar que en este enfoque de la Encíclica hay latente una manifestación de interés por todo lo que concierne al verdadero ecumenismo, a la unión de los cristianos, que hay un verdadero an-

LA VERDAD SOBRE EL DIALOGO

Por Ignacio M. Baro. S. I.

sia de acercamiento e integración. Todo ello es de apreciar y muestras a las claras que el mundo tiene fijos sus ojos en la Iglesia católica. Sin embargo, nos parece que junto a este interés hay una cierta ignorancia. Ignorancia acerca del ecumenismo, acerca del "aggiornamento", acerca del diálogo. Decir que la Encíclica suscita en los no católicos el desaliento es suponer que los no católicos —todos— no han comprendido la finalidad del documento pontificio. Lo cual, es, tal vez, mucho suponer. Más aun, suponer que la Encíclica ha producido en los católicos que el comentarista llama "progresista" una honda e indecible desilusión es ignorar en qué consiste el verdadero progresismo, e ignorar los sentimientos del auténtico católico.

Porque, ¿a qué se debe la afirmación de que en la nueva Encíclica no hay una sola declaración progresiva? ¿No se deberá a que ignorar en qué consiste el verdadero progreso? Es muy de temer que el maravilloso impulso dado por S. S. Juan XXIII a la Iglesia católica no haya sido comprendido en toda su hondura. Evidentemente, la Iglesia se ha de abrir al mundo, al diálogo con todos. Pero es ingenuo pensar que esta apertura consiste en una claudicación y el diálogo en una continua concesión. Tal vez hay que reformar ciertos puntos, o cambiar ciertas formas. En eso estamos todos y, principalmente, en eso está el Concilio. Pero creer que la auténtica renovación de la Iglesia va a venir como consecuencia de un cambio meramente exterior de formas, o con la abolición de ciertos organismos es tener una visión demasiado superficial de la realidad de la Iglesia.

No se por qué se me vienen a la mente las palabras del General De Gaulle: "Francia no será Francia sin su grandeza". Podemos afirmar lo mismo de la Iglesia, "mutatis mutandis": La Iglesia no será Iglesia sin su fidelidad a su verdadero espíritu. Y su verdad está en la herencia que le legó Cristo. Solo con una fidelidad insobornable a las enseñanzas de Cristo la Iglesia será auténtica, solo así la Iglesia se sentirá renovada y rejuvenecida frente al mundo de nuestros días, solo así la Iglesia podrá encararse en un diálogo verdaderamente fructífero con los hermanos separados y los hombres de buena voluntad. Y ¿qué es lo que hace Paulo VI en su Encíclica, sino tratar de conducir a la Iglesia por este camino —el único en el cual se puede dar el encuentro con el mundo moderno? La culminación de la Encíclica papal es un estudio del diálogo, pero el diálogo —son palabras del mismo Paulo VI— exige en nosotros un conocimiento de los motivos que nos mueven a él, de los métodos que hemos de seguir en el diálogo, de los fines que debemos alcanzar. Diálogo sí, pero saber con quién, de qué y para qué se dialoga. Lo contrario no conduciría a nada.

El diálogo verdadero —como lo expone bellamente Paulo VI— reúne las siguientes características: 1 — La claridad: "El diálogo supone y exige la inteligibilidad, es un intercambio de pensamiento". 2 — La afabilidad: "El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso". 3 — La confianza, "tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad". 4 — La prudencia pedagógica "que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye".

Podríamos resumir diciendo que no habrá verdadero diálogo sin sinceridad y sin verdad. Ahora bien, esto supone que la Iglesia se hace consciente de su verdad y que la expone con absoluta nitidez al mundo. Esa es la condición de todo verdadero diálogo. Lo contrario sería cierta especie de política rastrera, que es lo más ajeno al espíritu evangélico.

El Papa exhorta a la conciencia eclesial, a la renovación del espíritu interior, a la verdadera transformación por medio de una rejuvenecida adhesión al espíritu y doctrina de Cristo —todo esto como condición indispensable para un verdadero diálogo, que nadie desea más que el Papa—. Visto esto, ¿nos atreveremos a tildar a la Encíclica "Ecclesiam suam" de retrógrada, de reaccionaria? ¿No es precisamente un ansia de verdad, de sinceridad —de diálogo— lo que postula una renovación interior? ¿Tacharemos de conservadora, en sentido despectivo, a la postura que exige una renovación, no meramente exterior, sino inclusive interior, una renovación tal que quiere comenzar por sí mismo? No olvidemos que las formas solo valen en cuanto manifiestan un contenido. Paulo VI se dirige a lo hondo de la renovación, un "aggiornamento" que consiste no tanto en un cambio superficial de formas, cuanto en un rejuvenecimiento del espíritu interior. Todo cristiano, en última instancia, busca la más genuina fidelidad a Cristo y a sus enseñanzas. Y, ¿acaso pide otra cosa Paulo VI?

No seamos ingenuos y nos dejemos llevar por el ruido. Sepamos en qué está la verdadera renovación, en qué consiste el verdadero diálogo. Lo contrario es una postura si se quiere llamativa, superficial y, a la larga, inútil. Solo la verdad nos ha de llevar a la unión. Y la verdad no nace de las apariencias —que pueden ser falsas— sino de un auténtico espíritu interior. Ni más ni menos, la orientación marcada por Paulo VI.